



Mariano José de Larra

Fígaro dado al mundo

Et resurrexit tertio die.

Pasión según los evangelistas.

En punto a pasiones estoy ¡vive Dios! por la de nuestro Señor Jesucristo: óiganme los que no sean sordos, esto es los que no sean ministros, y quiero ser diputado para estas Cortes y aprobar las medidas desmedidas si no me dan cuantos me lean la razón.

Recorramos las demás pasiones. Si la ambición es algo es en gracia de suponerse que el que llega a mandar a sus semejantes (si el que manda tiene semejantes) les es en mérito y talento superior; por consiguiente en España es preciso ser muy modesto para ser ambicioso.

No quiero hablar de la avaricia. Pasión de ricos. ¿Qué más quisiéramos nosotros que poder ser avaros? Pero para guardar algo es preciso tener algo.

No digo nada de la envidia. Francamente. Mirémonos despacio unos a otros. ¿A quién tener envidia? ¿Qué es ganga aquí? ¿Ser empleado? Un empleado es como camisa de pobre, que tira todo lo más de domingo a jueves. ¿Ser propietario? En España todos tienen su viña a orillas del camino. ¿Tener

ejecutorias de nobleza? Es como poseer papel del Estado. ¿Ser liberal? Tal cual, teniendo casa en Canarias... ¿Ser ministro? Es casi mejor ser liberal. ¿Ser escritor? Es mejor ser ministro, como es mejor ser gato que ratón.

En una palabra, es preciso no tener sentido común para tener envidia en España.

Entremos con el amor. Pero ésta no es pasión, que es tontería, y si fuera pasión, sería la que más se pareciera a la de nuestro Señor Jesucristo. Dejemos en paz las demás pasiones que no hacen a nuestro propósito; yo doy la preferencia a esta última, porque de las demás he oído decir que han llevado a muchos al sepulcro, y si bien la de nuestro Señor Jesucristo no tuvo en eso mejor fin que las otras, le encuentro al menos la ventaja de ser la única de la cual una vez muerto se resucita al tercer día.

Estoy decididamente por aquél género de muerte de que se resucita; para no resucitar no vale la pena de morir; de suerte que cuando en mi último artículo quedaba en el cementerio, me hallaba precisamente en el mismo caso que aquél de quien se cuenta que, reconvenido porque oía con raras muestras de alegría un sermón de Pasión, respondió: «Es que estoy en el secreto». «¿Qué secreto?» «Toma -repuso-, en que ha de resucitar al tercer día.»

Yo que me conozco, que sé mejor que nadie hasta qué punto soy capaz de vivir en un cementerio, sabía también que había de volver, como mi Divino Maestro, a juzgar a los vivos y a los muertos.

Heme aquí de nuevo saliendo de entre las tumbas, impasible como un muerto; sacando la cabeza por entre las ruinas como un secretario de la Gobernación; impalpable, imprendible, inconfiable, como cuerpo glorioso, y no dándoseme nada por nada, como alma de barbero; vacía debajo del brazo, como tienen la cabeza la mayor parte de las gentes que en vida y en muerte traté, y navaja en mano, buscando barbas que hacer, como tienen el estilo los más de los oradores del día; pásese me el sustantivo por adjetivo en la actual confusión de cosas, para que pueda haber juego de palabras, juego inocente en un país donde se juega a la bolsa y a las conspiraciones descubiertas.

Regañón y malhumorado en mi primera vida, dábame al diablo por cualquier cosa; después de mi salida del cementerio, heme ya otro hombre, determinado en lo sucesivo a darme al mundo en lugar de darme al diablo.

En mi entender es un error decir que cierra uno el ojo cuando baja a la tumba; el cementerio me ha abierto los míos; convencido de esa verdad, juro a Dios, a fe de Fígaro, que no les deseo a los que nos dirigen otro mal, sino que aprendan más de lo que saben, y ruego a Su Divina Majestad en consecuencia que les haga pasar por unos cuantos años de cementerio. Hombres además tan amigos de la igualdad como de sus discursos parece, y tan desiguales en todo de los demás como de sus actos consta, han menester para igualarse con ellos pasar por ese aprendizaje, si es verdad, como comúnmente se dice, que la muerte lo iguala todo.

Los filósofos cristianos han llamado unánimemente al mundo un valle de lágrimas; a ningún mundo viene más de molde esa lacrimosa y romántica calificación que a éste donde voy a hacer mi entrada, mundo de dolor y de amargura, de fisonomías de Cortes y de comunicados; no se puede dar un paso en él sin tropezar con la triste verdad. Porque ¿qué verdad más

triste que un periódico de la oposición?

Según ellos, las almas piadosas debemos creer que estamos en el mundo de paso. ¿A quién podrá cuadrar esta sentencia mejor que a los redactores de este periódico? Si a nosotros aludieron los filósofos al sentar aquella proposición, sin duda quisieron decir que estábamos de paso para Canarias. El padre Almeida asegura que en el mundo no hacemos más que una peregrinación: ¡oh padre perspicaz! Peregrinamos sin duda a las islas adyacentes por medios verdaderamente peregrinos; ni nos falta el palo para seguir nuestro camino; cada día nos dan alguno nuevo y no esperado; no nos falta la calabaza, ni ¿cómo pudiera faltarnos en país donde cada hombre que sale y sube, y se da a luz, sale calabaza? Ni las reliquias en fin, porque ¿qué otra cosa es todo lo que estamos viendo sino reliquias de lo pasado? Y si no tenemos sandalias, hagámonos cargo de que parte de la peregrinación se ha de hacer por mar, y en cambio tenemos zapatos, mientras nos queden treinta y siete reales en el bolsillo propio o en el ajeno. Y zapatos ingleses que no hay sino decir: pies, ¿para qué os quiero sino para estos zapatos? Verdadera peregrinación, durante la cual nunca sabemos dónde nos tomará la noche, si bien nos consta que haremos noche, y, aun en caso de no tomarnos la noche, todas las demás cosas nos tomarán, incluso las medidas.

Estamos de acuerdo en todo y por todo con el padre Almeida, hasta cuando dice que no es en este mundo donde está la felicidad, verdad que no necesita que se la diga el padre Almeida a quien tiene ojos en la cara; a la salida de este mundo está, venerable padre, y el enigma se ha descubierto, porque saliendo de él como saldremos para Canarias, debemos tener presente que los antiguos llamaban a estas islas las islas afortunadas, es decir, la mansión de la felicidad; así sea, que pronto lo hemos de ver. Hecha nuestra entrada en este miserable mundo, mundo de persecución y de injusticia, mundo de desengaños y de fiscales de imprentas, mundo todo de jueces de hecho, y de denuncias y delaciones, recibamos el bautismo de sangre, primer sacramento que recibe todo cristiano que entra en él, y aguardemos con resignación el sacramento no menos serio de la penitencia que a vuelta de hoja nos espera. Váyase porque -[pág. 2]- tampoco hay otros sacramentos; el de las órdenes no debe dar cuidado a quien como nosotros está dispuesto a no obedecerlas; el de la comunión lo dejamos para otros fieles, en tiempos como éstos en que nos quieren hacer comulgar con ruedas de molino; en cuanto al del matrimonio, bastante infierno tenemos con el señor juez y el fiscal de imprentas, con quienes parece que estamos casados, según lo mal que nos llevamos. Nosotros no nos casamos con nadie, y sólo nos parecemos a las demás gentes del mundo en estar casados con nuestra opinión, bien diferentes en eso de las gentes que gobiernan, que cada día tienen una, verdaderos sectarios en ese punto de la poligamia y de las costumbres de Oriente, por más que a primera vista parezcan personas enteramente desorientadas y que pierden el tino a un dos por tres.

Individuos ya del mundo, saludamos a nuestra entrada a los que en él nos han precedido, y preparados a la lid que nos espera, le consideramos como un circo romano en el cual vamos a luchar con las fieras; no nos parece necesario indicar quiénes son las fieras y quiénes somos nosotros; y vueltos al César, al tirano, es decir, al gobierno, pronunciamos, como los

atletas que van a morir, la antigua fórmula de costumbre:
«Cesar, morituri te salutant»; es decir, «Ministerio Calatrava, los
escritores que vas a desterrar te saludan».

Después de tomada la venia de la autoridad, sólo nos resta quitarnos la
montera con desenfado y ofrecer la primera fiera que caiga a la salud del
presidente y de toda la concurrencia.

Pero si nosotros caemos, caeremos al menos como hombres de mundo,
moriremos cantando como canarios, es decir, enjaulados, ya que la suerte
quiere que no haya jaulas en España sino para los vivientes de pluma, que
no son otra cosa los escritores.

El Mundo, n.º 193, 10 de diciembre de 1836. Firmado: Fígaro.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la
[Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite
el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

